



Jorge Belinski [Rosario, 1941 / Barcelona, 2017]

Sujeto y subjetividad: los límites menguantes

Una aproximación a las nuevas configuraciones del sujeto en el psicoanálisis

Jorge Belinsky

I. LO REPRIMIDO, LO NO PENSADO Y LO IMPOSIBLE DE DECIR

En *El antropólogo como autor*, Clifford Geertz señaló que los antropólogos deben probar que han penetrado en las culturas de sus trabajos de campo y que se han dejado penetrar por ellas. Pero, añade Geertz, han de probarlo ante sus colegas, lejos ya de aquellas culturas. Esa operación se hace posible por el milagro de la escritura. Algo semejante ocurre en psicoanálisis y en este caso la escritura opera el milagro de trasladar lo vivido en la soledad del despacho a las discusiones y al bullicio de las reuniones de pares. El trabajo que presento se mueve en esta línea, aunque es todavía un indeciso borrador; más un protocolo de investigación que su resultado.

La mejor forma de entender lo que ocurre en la clínica psicoanalítica, como resultado de los cambios operados en la subjetividad, entendida en su sentido cultural y social mas amplio, es explorar las variaciones que ha experimentado la práctica ante las exigencias planteadas por estas modificaciones.

Tomaré el período 1975-2015, el que abarca mi práctica. Este lapso se divide para mí en dos etapas claras; una hasta 1990, la otra hasta el fin de siglo. Queda una tercera, la de los últimos años (2000/2015), en los que se dibuja algo que podríamos describir como un paulatino borramiento de las fronteras entre lo privado y lo público. Es decir, entre el ámbito del individuo y el del funcionamiento social y también el de la evanescencia de las fronteras entre lo humano y lo no humano (en lo esencial, por la cada vez más notoria intrusión de la técnica y la máquina en el cuerpo).

Desde el punto de vista de la historia de la cultura, el resultado sería una redistribu-

ción de aquello de la subjetividad que el individuo controla y que pierde espesor en beneficio de lo que está más allá del campo del sujeto. Puesto que si el sujeto supone la subjetividad, la inversa no es exacta. En el límite puede existir una subjetividad sin sujeto; dicho de otra forma, una pura alteridad sin que ningún sujeto responda a su llamado.

Con los límites que toda experiencia personal supone, hasta 1975, quien yo abordaba en mi clínica, era el paciente clásico, con un aparato psíquico de fronteras firmes y definidas, compuesto por sistemas interrelacionados, cada uno con su propia legalidad, y una reconocible sobredeterminación en última instancia desde lo inconsciente, según la comunidad psicoanalítica la ha definido en general. Esta sobredeterminación indica que la alteridad se sitúa en lo inconsciente, y que así se hace –se construye– lo otro del sujeto y de la consciencia. Indica también que el mecanismo fundante, tanto en lo que se refiere al proceso de constitución del sujeto, como en el de las neurosis, es la represión, definida en lo esencial como un “mantener a distancia de la consciencia” (FREUD, 1984, p.142) tal como la describió Freud en *La represión*. En estas condiciones, por último, el campo analítico consiste en el trabajo que analista y analizante hacen para lograr una cierta reescritura de la historia de éste. En tal trabajo, las herramientas del analista son múltiples, aunque las interpretaciones y las construcciones dominan esa labor.

Alrededor de 1990, comencé a detectar la presencia de un tipo inesperado de patologías. El rasgo fenomenológico más destacado era la insensibilidad del sujeto (por decirlo de un modo aproximativo) a las interpretaciones y a las construcciones,

con una cierta permeabilidad, en cambio, a intervenciones dialogadas. Esto ofreció una primera apertura de intelección: estas patologías no entraban en la clásica definición del trauma como efecto de, al menos, dos tiempos: el tiempo del acontecimiento y el tiempo de la significación (aunque tal vez sería mejor decir ‘sentido’). La estructura era, o se presentaba, como mono-temporal (únicamente consistía en un acontecimiento). En este sentido, estas manifestaciones se emparentaban con las neurosis traumáticas, pero no presentaban el acontecimiento con la fuerza arrolladora de aquellas neurosis.

La búsqueda del primer acontecimiento, reprimido y por tanto de naturaleza inconsciente, faltaba aquí. Las herramientas clásicas parecían inútiles porque no había nada que poner a la luz detrás del acontecimiento a cuyo alrededor se formaba el relato. Entonces, ¿en qué consistía el hecho traumático? Mi respuesta tentativa fue la siguiente: se daba, desde luego, una consciencia de los hechos, pero no el sustrato inconsciente de la neurosis clásica. No es que lo inconsciente no formase parte del aparato del alma (para usar los términos de Freud), pero los elementos constitutivos no parecían poseer relación directa con el acontecimiento que el paciente relataba, aunque, desde luego, no se podían excluir vínculos indirectos.

En su definición canónica el aparato psíquico supone que la trama de los sucesos es de naturaleza simbólica: los sucesos son reprimidos, pero sólo pueden serlo si han sido pensados e inscriptos en lo simbólico. Si esto no ocurre, lo en su momento no simbolizado ya no puede serlo más tarde porque ha operado la preclusión. Esta canónica definición lacaniana encierra tres puntos de gran importancia. Uno

es de naturaleza temporal: la preclusión sólo opera hasta los dos años de vida del niño. Otro es de contenido: esa preclusión sólo afecta al nombre-del-padre. El último, por fin, es de índole instrumental jurídico, ya que la preclusión es un concepto que proviene del derecho y que, en la acepción corriente que el psicoanálisis adoptó, establece su carácter irreversible.

Ahora bien, hay un dato esencial en esto que he denominado nuevas configuraciones. O mejor dicho, en la relación que allí se establece entre acaecer del acontecimiento y el discurrir de su historicidad. Parecemos encontrarnos ante elementos excluidos de la subjetividad individual (del aparato psíquico, de lo inconsciente), como si nunca hubiesen formado parte de esa subjetividad, es decir, como si nunca hubiesen sido simbolizados. Lo cual no significa que el impacto que tienen en el aparato psíquico sea menor que lo simbolizado inconsciente. Es como si el sujeto dijera: *algo me ocurrió pero yo no estaba ahí*. Recordemos aquí la observación de J.B. Pontalis a propósito de la noción de “agonías primitivas” de Donald Winnicott. Este carácter —de exterioridad desde el inicio— requería revisar parcialmente el concepto de preclusión; no servían otros como exclusión, escisión o similares pues estos suponen, en la génesis del suceso traumático, una anterioridad en la que determinado suceso formó parte de lo inconsciente o, mejor dicho, que se vinculó a otro acontecimiento con el cual modulaba la génesis a dos tiempos. Por eso, al volver sobre la preclusión, advertí que esta idea, en la perspectiva lacaniana, se hacía susceptible de una cierta reformulación.

2. UNA MATIZACIÓN SOBRE EL CARÁCTER IRREVERSIBLE DE LA PRECLUSIÓN

Elementos no simbolizados nunca. En términos de Wilfred BION (1962): pensamientos no pensados por el aparato de pensar. ¿Cómo proceder frente a lo precluido?

Cabe revisar el concepto de preclusión previamente a su incorporación al discurso psicoanalítico, es decir, en su campo específico: el derecho procesal. Concebida como pieza esencial en esta rama del derecho, Lacan la trasladó al psicoanálisis. Al hacerlo la acotó a un segmento breve del proceso de constitución del sujeto y, sobre todo, insistió en su total irreversibilidad. Como he señalado antes, lo irreversible tiene que ver con la edad: la preclusión sólo es efectiva en los dos primeros años de vida y sobre un material específico: el nombre-del padre.

Es evidente que el planteo de Lacan era perfectamente suficiente en el momento de su formulación, hacia la década de los años cincuenta. Era por completo persuasiva. Creo no obstante que las nuevas condiciones exigen una cierta reformulación de la preclusión en psicoanálisis, reformulación que vuelve a aproximarla más a sus diversos usos en el derecho, de donde Lacan la extrajo. Allí, la preclusión se aplica a todos los procesos y, sobre todo, es revisable en condiciones excepcionales. En el derecho penal no hay sentencia que no pueda revisarse. El ejemplo más conocido se ha dado con el desciframiento del código genético: el ADN.

Si aceptamos esta reformulación o ampliación de la preclusión y hacemos de este mecanismo el central de las nuevas manifestaciones —dentro de unos límites establecidos que no permiten incluir las psicosis o la perversión— podremos apuntar

algunas características básicas que marcan una diferencia con el modelo clásico de neurosis. Y que nos permiten así imaginar, ayudándonos con los términos de una preclusión no del todo definitiva, qué criterios utilizar cuando no funcionan las herramientas tradicionales ni el modelo de trabajo es de naturaleza narrativa.

¿Por qué volver a reflexionar sobre ese término prestado por el derecho? ¿Qué aperturas se producen entonces en el trabajo clínico? Quizá porque en ese momento de la labor se nos presenta, con fuerza y de otra manera, la razón por la que Lacan recurrió al derecho en este caso. Recordemos que en el modelo clásico, la alteridad está representada por el Otro de lo inconsciente. En esta variación o configuración, aquí donde la figura del sujeto se adelgaza y la subjetividad social se ha vuelto volátil, la alteridad no se presenta como formando parte del aparato psíquico, sino que más bien se construye, episódicamente, según las necesidades de la relación analítica y se encarna en la figura de un supuesto juez, en un sentido preciso que en seguida veremos; ya que de esa figura depende nuestra reflexión.

En las neurosis clásicas, la clínica psicoanalítica se mueve entre dos historicidades, la de lo inconsciente y la de lo preconscious-consciente. Ambas son continuas, puesto mantienen la línea del pasado-presente-futuro. Pero mientras en lo inconsciente estas coordenadas se presentan simultáneamente, en sincronía, en la consciencia se dan de manera sucesiva, en diacronía. Al reescribir los diversos sucesos de la narración que se despliega en el espacio analítico, dichos sucesos adquieren nuevos significados, a veces de manera recurrente (cuando el porvenir alumbró el pasado, *nachtraglichkeit*), y se

van inscribiendo según la línea temporal reconocida.

A diferencia de estas dos historicidades, la de lo precluido presenta rasgos singulares que se sintetizan en la separación de un fragmento de la historia pasada que se transforma en un presente-pasado, tal como lo expone Reinhardt Kosselleck. Es decir, en un presente que no termina de cristalizar porque está abierto —en lo imaginario del sujeto— a un futuro. Dicho de otro modo, mientras en la temporalidad cotidiana la frase que define al pasado es el monosílabo del perfecto (“fue”), aquí se manifiesta en una perífrasis durativa: “está siendo”. Mientras perdure este último modo de historicidad, el suceso es inabordable por la vía de intervenciones analíticas; precisamos otra estrategia para abordar una historicidad también singular, acaso nueva.

Las modificaciones del encuadre y del acceso al material son tentativas que han resultado útiles, aunque tal vez su exposición suene sorprendente. Sin embargo debe tenerse en cuenta que en lo esencial esta peculiar historicidad —ajena al aparato de pensar y a la simbolización— tiene una incidencia muy grande en el sujeto, a la manera de aquellas agonías primitivas descritas por Winnicott según la frase de Pontalis ya glosada: es algo que le ocurre al sujeto sin que ese sujeto esté presente como tal en los acontecimientos.

Lo primero que hay que hacer entonces es interrogarse por el lugar que ocupamos frente algo que nunca se inscribió en lo simbólico y que se enfrenta a la preclusión —vista ahora como reversible al menos en parte— del momento en que aquella inscripción debió verificarse. Esa inscripción es esencial porque, así como nadie puede ser vencido en absentia o en

effigie (Freud), ninguna intervención interpretativa es posible en una historia ajena al aparato psíquico.

Como ya hemos señalado, según el derecho procesal en su vertiente específicamente penal, la preclusión puede revisarse en su sustrato material cuando acontezca un suceso extraordinario que haga necesaria esa revisión. Este es el punto general en que podemos alejarnos de la doctrina lacaniana tradicional.

Como psicoanalistas necesitamos de la inscripción, paulatina en general, del fragmento precluido para que se integre así a lo simbólico. Hay pues un tiempo en el cual dejamos de actuar como analistas para situarnos en el papel de un abogado que busca resolver un problema que afecta a su analizante, convertido ahora en interlocutor momentáneo.

El procedimiento es discursivo: en una primera fase, se trata de explicar al sujeto lo que, a mi entender, está ocurriendo. El punto decisivo es la respuesta del sujeto en relación con la hipótesis de ese “está ocurriendo”. Esa repuesta es el equivalente, en esta situación, al insight clásico. Si la repuesta nos orienta hacia la idea de que, efectivamente, estamos ante algo precluido, se plantea el problema del “acontecimiento extraordinario” y de quién puede autorizar la revisión.

Enfrentado a ese problema postulé, en primer lugar, por el modelo de constitución del sujeto, la necesaria existencia de una alteridad diferente —desplazada— del Otro inconsciente. Mientras ésta es la parte fundamental de la realidad psíquica, la alteridad sin cabida en lo Otro inconsciente tendría que formar parte de la realidad material, en el sentido preciso en que ocupa ésta, desde muy temprano, en el pensamiento freudiano.

A esa alteridad propia de la realidad material, la he pensando, provisoriamente, como una suerte de juez creador (es decir, el Otro en la realidad material), tomando el término en el sentido de Gómez Sámano (2012). De ese juez depende evaluar los acontecimientos extraordinarios. En cuanto a esos acontecimientos extraordinarios, estos pueden ocurrir en el campo del analizante o en el mío; y toda la cuestión radica en saber si, evaluado —es decir, puesto bajo el cristal de la alteridad en la realidad material—, es capaz de reiniciar el proceso congelado por la preclusión.

Sé que esta heurística suena extraña y que sus términos parecen agotarse en el sentido figurado de las expresiones usadas. Pero puedo argüir a su favor dos razones de diferente nivel. Por una parte, su utilidad para modificar situaciones hasta entonces inmutables. Por otra parte, y en lo tocante al sentido figurado, ¿no son acaso sentido figurado las expresiones corrientes que usamos en psicoanálisis en cualquiera de sus corrientes (objeto interno, analizante, superyó, por citar solo tres al azar)?

Freud anticipó estas cuestiones con su habitual penetración: dijo que, por supuesto, el psicoanálisis emplea un lenguaje metafórico, pero, añadió, lo mismo hacen la física y la química. Sólo que las metáforas son en este caso más antiguas y consagradas por el uso. (FREUD, 1913)

He hablado hasta aquí de lo reprimido y de lo precluido. No he abordado en cambio “lo imposible de decir”, porque mis ideas acerca de su naturaleza son todavía muy incipientes. Creo que se trata de una fantasmática a la vez conocida y desconocida, que opera de un modo difuso en un aparato psíquico que se enfrenta a la ausencia del suelo fundante de la alteridad, sea en el campo de la realidad

psíquica, sea en el campo de la realidad material. Huérfano de ese elemento vital y acosado por un sujeto menguante, sospecho que sólo puede encontrarse alteridad en el campo de lo que se denomina lo virtual, tomando un término a la vez clásico y actual. Pero esta es ya otra historia.

3. LOS LÍMITES MENGUANTES ENTRE SUJETO, SUBJETIVIDAD Y EXPERIENCIA DE LA TEMPORALIDAD

Como he señalado, mi objetivo no es presentar una investigación ya cerrada. Al contrario, quiero compartir con ustedes el camino de una investigación en curso acerca de las variaciones del sujeto de nuestra experiencia clínica como efecto de los cambios históricos de la subjetividad.

Por consiguiente no hablaré de nuevas patologías, sino de nuevas configuraciones del sujeto como resultado de esos cambios que producen, ante todo, reordenamientos colectivos espacio-temporales.

En lo espacial las modificaciones afectan ante todo las fronteras entre los diversos sistemas de la conocida tópica de Winnicott que me parece la mejor para dar cuenta de la subjetividad en este aspecto: mundo real, aparato psíquico, y espacio transicional-potencial. Ante todo vale la pena destacar que las fronteras cumplen dos importantes funciones: protegen al sujeto y regulan sus intercambios con los otros. No son funciones fáciles porque los individuos están interrelacionados entre sí (toda subjetividad es intersubjetividad) dentro de una red de poder y dominio.

Con el tránsito de la modernidad plena a la tardía y a la que laxa pero persistentemente llamamos postmodernidad, esas fronteras se difuminan y, por consiguiente, la intimidad y lo privado a la vez se expan-

den y disuelven, y al tiempo se reducen. Menos visible pero más impactante es que esta expansión y disolución produzcan efectos en la arquitectura de la vivencia individual de eso íntimo y lo privado.

Sobre esa arquitectura se asientan las modificaciones en la temporalidad; para mostrarlas acudo, según he anticipado, a dos categorías de Koselleck que él considera fundamentales: el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas. (Koselleck, 1979)

Las experiencias son la materia prima del pasado; mientras las expectativas son la medida de la distancia que hay con el horizonte, más allá del cual se ocultan otras experiencias posibles en un denso tejido de esperanzas y temores.

Espacio y horizonte giran alrededor del eje clásico del tiempo pasado-presente-futuro. El presente, corte fugaz en un sentido, es capaz, sin embargo, de extenderse hasta abarcar la totalidad del tiempo.

En suma, un espacio delimitado y un tiempo compacto y ordenado alrededor del eje rector de lo presente son propios de la era a la cual pertenecen las históricas de Freud. Al decir *eje rector de lo presente*, quiero señalar que se trata del presente de las cosas pasadas, presentes y futuras, según lo recogemos en las Confesiones de San Agustín, en su libro XI. En este aspecto, observa Koselleck, toda historia es historia del tiempo presente, diacrónico en el discurrir de la consciencia o sincrónico en la historicidad de lo inconsciente. ¿No hay pues otra historia que no sea la historia del tiempo presente, aunque éste sea remoto en un sentido o el otro? Koselleck muestra otras posibilidades; y a dos de éstas quiero referirme ahora.

Con la modernidad tardía aparecen nuevas formas del pasado; formas que es-

tán fuera de la temporalidad clásica. Koselleck las llama presentes-pasados porque aunque pertenecen por supuesto al pasado se manifiestan como modalidades de un presente abierto, no clausurado y susceptible por tanto de definir una temporalidad independiente (abierta) en lo que a su ayer y a su mañana se refieren.

En este ámbito surgió la idea de sujeto lacaniano, hijo de la discursividad estructuralista y cuya subjetividad cultural reposa en la consciencia, hasta entonces impensable, de las vinculaciones férreas entre individuo y poder estatal y colectivo que los totalitarismos produjeron. Otros pensadores de la época —basta pensar en Michel Foucault o en Claude Lefort desde ángulos muy diversos— propusieron esos nexos con perspectivas a veces enfrentadas.

Más allá de esta leve contextualización, debida a Koselleck, podemos indicar que en esas condiciones el destino de las experiencias es convertirse en recuerdos (reprimidos o no), sólo que determinadas experiencias no se resignan a devenir recuerdos (goce, dolor). Cuando una experiencia no se transforma en recuerdo, en lugar de ser simbolizada en lo psíquico queda precluída en lo real: no se percibe como algo que fue, sino como algo que está siendo.

Del perfil y las consecuencias del presente-pasado que serían característicos de la modernidad tardía pasamos ahora a la indagación acerca de qué ocurre con ese presente-futuro, modalidad temporal de nuestra época.

Este presente-futuro se presenta como una constelación particular, relativamente frecuente, independiente de las estructuras clínicas, y con un secreto antagonismo entre angustia (¿qué pasará mañana?) y tedio (pase lo que pase será lo mismo).

En mi reflexión sobre esta presencia del futuro me ayudaron un filósofo, un psicoanalista y un poeta.

En *Diferencia y Repetición*, en un año tan significativo para el estructuralismo como 1968, aunque señalando ya las incógnitas que dejaba su ortodoxia, Gilles Deleuze propuso una modalidad específica de la repetición en la cual “el presente es el repetidor, el pasado la repetición misma, pero el futuro es lo repetido”. (DELEUZE, 1998)

Esta enigmática afirmación conecta con un trabajo póstumo de Winnicott -The fear of breakdown (El miedo al derrumbe). Su punto central es que lo que el sujeto teme como amenaza del futuro puede que ya haya tenido lugar en los inicios de la vida. Si es así, el individuo necesitaría recordar aquello que ocurrió: pero ¿cómo recordar algo que, aún habiendo sucedido ya, no ha sucedido aún, porque el paciente no estaba ahí para que efectivamente sucediese, porque “Sólo a partir de la no-existencia puede la existencia comenzar”?

Winnicott habla de una cosa pasada y futura, de algo que ha sucedido ya y no ha sucedido aún. Se trata de la repetición vinculada a los traumas más tempranos donde el futuro es lo repetido (y aquí volvemos a la ayuda de Deleuze) en la tensión entre el sujeto naciente y la sombra anticipada por los genitores que lo aguarda (como lo formulara Piera Aulagnier).

La tensión termina por proyectarse a un porvenir que Fernando Pessoa definió de manera inolvidable:

Ya lo he visto todo, hasta lo que nunca he visto, y lo que nunca veré. Por mi sangre corre hasta el mejor de los paisajes futuros, y la angustia del que tendré que ver de nuevo es para mí una monotonía anticipada. (PESSOA, 2003, p. 409)

En esta época difícil de definir a la que nombramos una y otra vez como postmodernidad, en esta época marcada por una ansiedad encubierta y teñida del tedio de la monotonía anticipada de Pessoa, se ve al sujeto enfrentarse a un porvenir demasiado lleno como para permitir los vacíos que se necesitan para que algo pueda advenir.

El destino de las expectativas es proyectar al futuro posibles experiencias y componer con ellas una historia y un destino. Esto sólo puede hacerse en un espacio de transiciones, que allanen el movimiento de potencialidad, de eso que, quizá con Winnicott, tal vez llamemos futuro.

Si en ese espacio no funcionan -o no existen- esas experiencias, nacidas al calor de temores y esperanzas, y en lugar de estar gobernadas por el tal vez sea (o no sea), se cristalizan en la fijeza de una fórmula donde se conjugan el desconocimiento (angustia) y la certidumbre (tedio): lo que sea será (porque ya es).

El último punto de este trabajo en marcha quiere detenerse en las consecuencias de esa imposibilidad de convertir la experiencia en promesa. La más importante es que en esta época que exalta al yo a la vez que fomenta su fragmentación en múltiples personajes internos (que la cultura popular ha consagrado como “avatars”), las identificaciones desempeñan un rol de extrema importancia. Sobre todo cuando conviven con las elecciones de objeto. Aunque en general *ser* y *tener* sean semánticamente conceptos excluyentes, parecería que a veces pueden converger. Si el ámbito de las elecciones de objeto es lo real, el de las identificaciones es lo virtual. Ambos ámbitos se interrelacionarían en lo transicional, que se convertiría en una suerte de garantía de movimiento.

En este estadio la alteridad fundante (toda subjetividad se funda en la alteridad) oscila entre lo Otro (indeterminado) y los otros (múltiples). Indeterminación y multiplicidad se corresponden con los muchos personajes que pueblan la psique. Esos personajes a veces (y cada vez más) comparten con el yo lo que es su función principal: sostener el sentimiento de identidad, el juicio de realidad y la consciencia de sí. Y estos nuevos yoes reabren el debate acerca de la posible existencia de personalidades múltiples en el sentido filosófico-sociológico de Remo Bodei. (Remo BODEI, 2002, pp. 22-28)

Mi investigación busca cernir esta problemática, que define, a mi juicio, un aspecto fundamental de lo que sucede cuando el pasado no pasa y las experiencias no se simbolizan como recuerdos, cuando lo real entra en escena y a esa escena, la de lo precluido, tenemos que acompañar a nuestro paciente.

Muy diferente es lo que ocurre actualmente con la experiencia del futuro. En un pasaje de su correspondencia con Fliess, Freud dice que la sexualidad llega demasiado pronto o demasiado tarde. Si en lugar de sexualidad ponemos porvenir y cambiamos la disyunción por una conjunción, podremos decir que el porvenir llega demasiado pronto y demasiado tarde, porque el horizonte de las expectativas claudica en su función: se aleja o se aproxima demasiado y entonces lo virtual –la danza de las identificaciones– se hace dominante.

Cuando llega demasiado pronto, no deja margen para jugar (recordemos que lo virtual es una expresión de lo transicional y éste tiene en el juego su principal función), todo parece ya fijado y una profunda sensación de monotonía se apodera del sujeto. Cuando llega demasiado

tarde todas las expectativas se vuelven misteriosas y la angustia se abate sobre el individuo.

Estamos en un pliegue de la posibilidad de lo transicional, donde quedan inscriptas las identificaciones bloqueadas (tal vez por factores traumáticos); sobre todo las vinculadas a las elecciones de objeto.

En el esquema clásico el analista y el analizante comparten un espacio en común. En el caso de lo precluido ese espacio en común se extiende a lo real. Pero ¿cómo llevar el diálogo y nuestra intervención a la promesa de un movimiento a través de lo virtual, a través del juego, si aceptamos la matización acerca de lo precluido como no siempre irreversible?

Para desplazarse hacia un diálogo virtual se debe cumplir una condición: que sea un diálogo entre dos desconocidos distantes,¹ ¿Dónde están esos fragmentos de identificaciones no cumplidas? Sin ser desconocidos para el sujeto (ni reprimidos ni precluidos), tampoco podríamos decir que éste los conoce de modo claro, más bien los intuye entre el goce y el miedo. Y los considera, en general, como algo inconfesable, a la vez valioso y abyecto: hemos llegado a lo imposible de decir.

En casos en que los pacientes pudieron hablar, lo poco que dijeron provocó ansiedades paranoides y no pudimos avanzar en la elaboración. Estaba claro que se necesitaba de una zona que atenuase la ansiedad. Esta puede ir desde un desconocido imaginario (una especie de alter ego o personaje interno que funciona como el amigo imaginario de la infancia) a un popular y a la vez sofisticado avatar de una plataforma virtual o una ficción cualquiera.

De este modo el analizante, amparado en esta zona, podría establecer conversa-

ciones acerca del material en cuestión para luego decidir qué aspectos quería traer al análisis.

No es nada fácil manejarse en lo virtual sin un diálogo directo con el analista y sobre todo, sin advertir que, con la introducción de este diálogo directo en lo virtual, la relación analítica queda, en este aspecto, mediatizada.

Éste es el punto en el que se encuentra actualmente mi reflexión: favorecer el acceso a esas zonas dentro del espacio analítico, para lo cual no sólo tienen que cambiarse ciertas coordenadas, sino que, y esto es lo difícil, convertir en ocasiones a analista y paciente en dos desconocidos.

Semejante tarea se enfrenta a las exigencias –y a la riqueza proliferante– de la transferencia y por ello termino volviendo a Freud en *Dinámica de la transferencia*:

Es innegable que domeñar los fenómenos de la transferencia depara al psicoanalista las mayores dificultades, pero no se debe olvidar que justamente ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes; pues, en definitiva, nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*. (FREUD, 1986, p.105)

NOTAS AMPLIATORIAS:

1 Durante el diálogo, una colega, Nancy Rossi, aportó interesantes observaciones acerca de su trabajo en el ámbito específico del teatro, especialmente con títeres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BION, W. (1962). “Una teoría del pensamiento” en *Volviendo a pensar*. Buenos Aires, Argentina, Horme-Paidos.

BODEI, R. (2002). *Destinos personales. La era de la colonización de las conciencias*. Buenos Aires, Argentina, El cuenco de plata.

DELEUZE, G. (1968). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.

FREUD, S. (1915). “La represión” en *Obras Completas*. Vol (14). Buenos Aires, Amorrortu.

_____. (1912). “Sobre la dinámica de la transferencia” en *Obras Completas*. (Vol. 12). Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.

_____. (1913). *Obras Completas*. (Vol. 13). Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.

GEERZ, C. (1989). *El Antropólogo Como Autor*. Barcelona, España, Paidos.

GOMEZ SOMANO, J. (2012), Juez creador de historia en *Revista del Instituto de la Judicatura Federal*. Número (34), 69-95.

KOSELLECK, R. (1979). *Futuro pasado*. Barcelona, España, Paidos.

PESSOA, F. (1982), *El libro del desosiego*. Barcelona, España, Seix Barral.

WINNICOTT, D.W. (1957), “Los recuerdos del nacimiento, el trauma del nacimiento y la angustia” en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, España, Paidos.

_____. (1974) Fear of breakdown. *International Review of Psychoanalysis*. Vol 1, 103-107. Recuperado de <https://www.pep-web.org/document.php?id=irp.001.0103a>